

como el de Schiller, quedara sepultado en el seno de las aguas.

Transcurrieron tres segundos, que parecieron tres siglos á los espectadores, sin que el más leve rumor turbase aquel imponente silencio. Las olas, agitadas aún por la caída de fray Pacífico, se abricaron por fin para dejar paso á la cabeza del fraile, el cual, apenas la sacó fuera del agua, lanzó con voz estentórea este grito de alabanza y de gratitud:

— ¡ Viva San Francisco !

No bien apareció el fraile en la superficie, cuando los hombres del bote de la *Minerva* le suspendieron en sus brazos, sacándole gloriosamente fuera del mar. Los capuchinos de las barcas entonaron entonces en coro el *Te Déum laudamus* y la tripulación de la fragata lanzó tres hurras desde lo alto de las vergas; mientras tanto, los espectadores del muelle y de las ventanas aplaudían con ese frenesí con que en Nápoles se aplauden todos los triunfos, sean cuales fueren, frenesí que raya en delirio cuando el triunfo tiene un carácter religioso y redundante en honor de alguna madona en boga ó de algún santo de reconocida celebridad

CAPÍTULO XI

La colecta

Inútil nos parece decir, después de lo referido, que los capuchinos de San Efrema llegaron á ser los frailes de moda y su convento el más renombrado de todos los de la capital.

En cuanto á fray Pacífico, fué desde aquel día el héroe del populacho de Nápoles. No había hombre, ni mujer, ni muchacho que no le conociera y no le tuviese por un santo, ó cuando menos, por un elegido del Señor.

Así es que la colecta empezó bien pronto á dar á conocer la popularidad que alcanzaba el hermano colector ó limosnero. En un principio había desempeñado aquella operación como sus cofrades de las otras órdenes mendicantes, esto es, llevando una alforja al hombro. Pero al cabo de una hora de paseo por las calles de Nápoles, la alforja se desbordaba. Para obviar este inconveniente, cargó con

dos alforjas: el inconveniente persistió; otros sesenta minutos bastaban para que la segunda quedase también repleta. Viendo tan extraordinaria abundancia, fray Pacífico dijo un día á la comunidad que si tuviese un burro y pudiese extender sus paseos hasta el Mercado-Viejo, la Marinella y Santa Lucía, volvería todas las tardes al convento con los serones llenos de frutas, de legumbres, de pescado, de carne, en fin, de todo género de vítuallas de primera calidad.

La especie fué tomada en consideración: reunióse la comunidad, y después de un corto debate entre los primeros cogullas del convento, debate en que se prodigaron los merecidos elogios á las recomendables prendas de fray Pacífico, quedó el burro votado por unanimidad. Destináronse cincuenta francos para la adquisición del jumento, y fray Pacífico fué autorizado para elegirle á su gusto.

La deliberación había tenido lugar un domingo; fray Pacífico no perdió tiempo: en la mañana del lunes siguiente, — primero de los tres días de la semana que se celebra en Nápoles mercado de caballerías, — enderezó sus pasos á la puerta Capuana, sitio de la feria, y se detuvo ante un vigoroso pollino de los Abruzzos.

El chalán le pidió por él cien francos, y preciso

es decir que el precio no era exagerado; pero fray Pacífico le dijo:

— Con arreglo á los privilegios de mi orden, privilegios que deben ser conocidos de un buen cristiano como vos, me bastaría con echar el cordón sobre el lomo del animal, pronunciando las palabras *San Francisco*, para que el burro perteneciese á mi santo patrono, y, por consiguiente, á mí, que soy su delegado en la tierra; mas como no quiero que os perjudiquéis, os daré por él cincuenta francos, y eso que pudiera quedarme con ellos en el bolsillo.

El chalán reconoció el peso de los argumentos del fraile y la legitimidad de los derechos de su patrono; sin embargo, como el honor de que su burro pasase al servicio de San Francisco no le parecía bastante á compensar los cincuenta francos que perdía en el negocio, trató de que recayese la elección de fray Pacífico sobre otro jumento, diciéndole, en confianza, que el suyo era comilón, espantadizo, lujurioso, rehacio, coceador, en fin, un resumen de todos los defectos imaginables, y que á lo sumo podía servir para simiente, puesto que no toleraba carga alguna sobre su lomo. Pero ¡ni por esas! Al oír la inmensa letanía de los defectos que adornaban al animalito, el hermano colector, después de haber reflexionado algunos instantes, determinó darle el

nombre de *Jacobino*, único que le parecía digno de semejante alhaja.

Fray Pacífico celebró su ocurrencia con un grito de alegría. Bajo el hábito del fraile asomaba de cuando en cuando el antiguo marinero, y entonces el nuevo franciscano sentía la imperiosa necesidad de querellarse con alguno y de andar á mojicones como en sus buenos tiempos. ¡Un burro rehacio y llamado *Jacobino*! ¿qué más necesitaba para la salvación de su alma? Con un animal tan vicioso no le faltarian ocasiones legítimas de encolerizarse, y su cólera, en vez de desfogarse en vanas palabras, podría á lo menos traducirse en hechos contundentes!

El burro era, pues, una perla y el nombre con que acababa de bautizarle su nuevo propietario le sentaba á las mil maravillas.

Todo el mundo conocía en Nápoles el odio que á fray Pacífico inspiraba el solo nombre de *Jacobino*. Así es que al insultar á su burro, al maldecirle, al apalearle, insultaría, maldeciría y apalearía á toda aquella condenada raza de impíos, cuyos progresos en las Dos Sicilias — si había de juzgarse por el aumento de pantalones y de cabezas á la Tito — no eran nada tranquilizadores.

Esto supuesto, cuanto más despreciaba el chalán

al susodicho rucio, más se afirmaba fray Pacífico en su elección.

No había medio de escapar: el pobre vendedor, conociendo el derecho que tenía el fraile de arrojar el cordón sobre el lomo del burro y de confiscarle en su provecho, se decidió al fin á tomar los cincuenta francos que le ofrecía fray Pacífico, temiendo perder por completo el valor del animal. Dióle entonces el fraile diez piastras de la efigie de Carlos III, el chalán le devolvió los noventa y seis granos que sobraban, puesto que la piastra vale doce carlinos y ocho granos, y el rucio pasó á ser propiedad del convento ó más bien del hermano colector.

Pero, sea simpatía por su antiguo amo, sea repugnancia por el nuevo, lo cierto es que el animalito resolvió no abandonar la feria sin dar algunas pruebas de las malas cualidades que el chalán había enumerado.

Una ley napolitana establece que el caballo se vende con la brida y el burro con la cabezada.

Con arreglo á este axioma de derecho, *Jacobino* había sido entregado con la suya al comprador. Fray Pacífico cogió el ronzal y se puso á tirar de él. Pero *Jacobino* encogió el cuarto trasero, arqueó el lomo, se clavó sobre sus cuatro patas y no hubo

medio de hacerle dar un paso. Después de algunos tirones completamente inútiles, y temiendo que aquella resistencia redundase en descrédito de San Francisco, el fraile resolvió recurrir á los grandes medios. Acordándose de haber visto en las costas de África, en la época en que era marino, á algunos árabes conduciendo sus camellos con una cuerda pasada por la ternilla de la nariz, sacó su navaja, cogió el hocico de Jacobino con la mano izquierda, le atravesó la ternilla de un pinchazo, y antes que el pobre burro, que estaba lejos de sospechar semejante operación, pensara en defenderse, tenía ya el roncal pasado á través de la nariz. El animal quiso continuar su resistencia y se echó hacia atrás; pero fray Pacífico tiró hacia adelante, y el pobre Jacobino, después de lanzar un doloroso rebuzno y de dirigir á su antiguo amo una mirada llena de desesperación, como diciéndole: « Ya ves que he hecho cuanto he podido, » siguió al hermano colector al convento de San Efremero con la misma docilidad que un perillito faldero.

Una vez allí, fray Pacífico le encerró en una especie de celda, que debía servirle de cuadra; en seguida fué á la huerta y eligió un pie de laurel que por su magnitud rivalizaba con el bastón de Rolando el Furioso ó con la clava de Hércules. Cortó de él

un pedazo como de vara y cuarta, le despojó de la corteza, y después de haberle tenido bajo el rescaldo cosa de un par de horas, entró armado de aquel caduceo de nueva especie en la improvisada cuadra de Jacobino, cerrando la puerta detrás de sí.

Lo que entonces pasó entre el burro y el fraile fué un secreto que nadie pudo averiguar. Al día siguiente, Jacobino y fray Pacífico, el uno con su serón en el lomo y el otro con su garrote en la mano, salieron del convento en amor y compañía como si fuesen amigos de toda la vida; pero las sangrientas mataduras y los costurones que en diferentes sitios ostentaba la piel del pobre jumento eran testimonios elocuentes de que aquella amistad no se había consolidado sin ciertas protestas, por parte del burro, y sin una obstinada y enérgica argumentación por parte de fray Pacífico.

Según éste había prometido, extendió sus paseos hasta el Mercado-Viejo, el muelle y Santa Lucía, y rara era la tarde que no volvían los serones de Jacobino llenos hasta los topes de carne, pescado, caza, frutas y legumbres, como si la abundancia vertiera en ellos su prodigioso cuerno. Tanto, que la comunidad, sin perjuicio de tratarse á cuerpo de rey, determinó vender el excedente de sus provisiones, á cuyo fin estableció á la puerta del convento una

especie de mercado que se celebraba tres veces por semana, el cual sirvió en adelante de plaza de abastos á las almas devotas y á los estómagos piadosos de la calle de la Infrascata y de la *salita dei Capuccini*.

Cuatro años hacía ya que duraba este estado de cosas : fray Pacífico y el burro vivían en la mejor inteligencia. Jacobino, manso como un cordero, había olvidado completamente sus antiguos resabios, y ambos salían del convento, según costumbre, tres veces por semana y bajaban la cuesta que da nombre á la calle : el burro, con sus serones vacíos y el fraile con su garrote de laurel en la mano.

Desde los primeros pasos que uno y otro daban por la calle de la Infrascata, la persona menos al corriente de las costumbres de Nápoles podía conocer á la legua la popularidad de que ambos gozaban : el cuadrúpedo, entre los granujas, quienes le prodigaban á manos llenas tronchos, zanahorias y hojas de coles que Jacobino devoraba con visible satisfacción, sin aflojar el paso, y el fraile, entre las mujeres y los hombres del pueblo, los cuales le pedían, aquéllas su bendición, y éstos que les indicase números para jugar á la lotería.

Digamos en elogio de Jacobino y del hermano colector, que si el burro aceptaba cuanto los pillue-

los querían ofrecerle, el monje no rehusaba nada de lo que le demandaban, antes al contrario repartía liberalmente bendiciones y números, aunque sin garantir la eficacia de las unas, ni la infalibilidad de los otros. De cuando en cuando, alguna devota más entusiasta y demostrativa que sus compañeras se arrodillaba á los pies del fraile. Si era joven y linda, fray Pacífico le daba su manga á besar, lo cual le permitía acariciarle de paso la barbilla, inocente sensualidad que el buen colector no miraba con indiferencia. Si era vieja y fea por añadidura, se contentaba con abandonarle su cordón, permitiéndole que le besase á su placer; pero sus piadosas demostraciones debían limitarse al cingulo, porque el fraile se negaba obstinadamente á conceder cualquier otro favor.

En los primeros días de la colecta, esto es, durante el período primitivo de la alforja, los habitantes de la calle de la Infrascata, de la strada dei Studi, del largo Spirito-Santo, de Porta-Alba y de los demás barrios que fray Pacífico tenía costumbre de recorrer, le habían ofrecido, en recompensa de sus bendiciones y de sus números, y como premio á sus bondades, frutas, legumbres, pan, carne y hasta pescado, — á pesar de lo raramente que sube el pescado á las alturas en que se hallan situadas las

calles que acabamos de citar, — oferta que el hermano colector había aceptado, en atención á la humanidad... de la alforja. Pero no tardó en conocer que los efectos que le ofrecían los habitantes de las casas situadas lejos de los barrios mercantiles eran de segunda calidad, y esta fué una de las razones que le hicieron insistir en la compra del burro. Una vez adquirido el jumento, fray Pacífico, pudiendo ya extender sus correrías hasta los sitios en que se hallaba la flor y nata de los comestibles, había desdeñado las pobres ofrendas de los barrios intermedios.

No por esto se crea que los hortelanos del Mercado Viejo, los carniceros de vico Rotto, los pescadores de la Marinella y los fruteros de Santa Lucía, cuyas mejores provisiones descogollaba fray Pacífico, no hubiesen preferido que el buen colector empezara su colecta al salir del convento y que llegase con el serón medio lleno en lugar de traerle completamente vacío. Al contrario, muchas veces, al distinguirle á lo lejos, trataban de ocultar las mejores piezas á fin de guardarlas para los ricos parroquianos; pero fray Pacífico tenía un olfato maravilloso para descubrir el fraude. Apenas llegaba, iba derecho al objeto escondido, y si no se le ofrecían de buena voluntad, le echaba encima el bienaventurado

cordón. Para evitar disputas, fray Pacífico había llegado á adoptar este último sistema; es decir, que sin esperar á que se la diesen, echaba el cingulo á la mercancía y hasta más ver. Y aquellos vendedores que en tiempo de Masaniello se amotinaron por una contribución que el duque de Arcos quiso imponer á las frutas, soportaban, si no contentos, á lo menos con santa paciencia, la especie de diezmo que el colector del convento de San Efremo les hacía pagar de todos sus productos, sin que á ninguno se le ocurriese jamás la idea de rebelarse contra aquella tiranía. Si, después de hecha su elección, notaba fray Pacífico algunas señales de descontento en el rostro de aquel á quien había honrado con su preferencia, sacaba del bolsillo una tabaquera de cuerno, estrecha y profunda como el alma de un avaro, ofrecía un polvo al mercader lastimado en sus intereses, y muy rara era la vez que aquel favor particular no hacía asomar una sonrisa á los labios del paciente. Cuando no bastaba esta atención, fray Pacífico, que á pesar de su nuevo nombre no había perdido sus antiguos humos, se ponía de color de azufre, no obstante su bronceada piel, lanzaba un relámpago de cólera por sus ojos de tigre, hacía resonar su garrote de laurel sobre el lástrico, y á esta triple demostración, nunca dejaba de volverse

placentero el rostro del mal católico que tenía la suficiente impiedad para no conceptuarse demasiado feliz en ofrecer á San Francisco su más gordo ánade, su más sabroso melón, su más tierno solomillo ó su pez más reluciente.

En la mañana del día á que nos referimos, fray Pacífico bajaba, como de costumbre, á través del dédalo de callejuelas que se extiende desde la vicaría á la strada Egiziaca-á-Foriella, sin detenerse más que para repartir bendiciones, dar á besar la manga de su hábito é indicar ambos, ternos, cuaternas y quinas á los jugadores de lotería: llegado á dicho punto, atravesó la vía Grande y el vico Barrettari y fué á desembocar á la plaza del Mercado-Viejo, tras la pequeña iglesia de la Santa Cruz, cuyos sacerdotes conservan, no por veneración, sino para enseñarle al público, el tajo blasonado sobre el cual fueron decapitados, por orden del duque de Anjou, de aquel rey de tez morena, que, según ha dicho Villani, « dormía poco y no reía jamás, » Conradino y el duque de Austria.

Así que la iglesia quedaba atrás, fray Pacífico se encontraba en un verdadero país de cucaña, donde el reino animal y el vegetal se hallaban confundidos en corto espacio; donde gruñían los cerdos, cacareaban las gallinas, cantaban los gallos, arru-

llaban los palomos y graznaban los pavos y los ánades; donde se veían junto al faisán de Capodimonte, la liebre de Persano y las codornices del cabo Miseno, los zorzales de Bagnoli, las perdices de Acerra, las chochas de las marismas de Lincola y las cercetas del lago de Agnano; donde se alzaban montañas de coliflores y de brócoles, pirámides de sandías y de melones, murallas de apios, de colinabos y de escarolas, capas inmensas de tomates carmesíes, y por último, redondas canastillas de esos higos violados de Pausilipo y Puzzolo, cuya efigie grabó Nápoles durante un año en su moneda como símbolo de su efímera libertad.

En medio de aquellas riquezas era donde fray Pacífico llenaba cada tercer día los serones de su burro.

El fraile cobró aquella mañana el acostumbrado tributo; pero al cobrarle, se le figuró que algo de extraordinario ocurría en la plaza. Los hombres formaban grupos, las mujeres cuchicheaban al oído, los muchachos buscaban piedras, y contra lo que tenían de costumbre, ninguno de los vendedores á quienes fray Pacífico se dirigió hizo gran caso de los géneros que el hermano colector soplabá en los serones. Pero como éstos estaban ya casi llenos, fray Pacífico pensó que era hora de hacer su provisión

de carne, á cuyo efecto enderezó el paso hacia San Giovanni-al-Mare, punto donde más particularmente se hallan reunidos los *macellai* y los *beccai*, esto es, los carniceros y los que venden carnero y cabra, industrias que en Nápoles no se confunden aunque tengan cierta semejanza. El buen mouje no sabía qué pensar respecto á aquella indiferencia que le demostraba el populacho.

Desde su llegada al Mercado-Viejo, ni siquiera una mujer le había pedido su bendición, ni siquiera un hombre le había suplicado que le indicase los números que habrían de salir premiados en la próxima lotería.

¿Qué pasaba en Nápoles que de tal manera preocupaba á la población?

Fray Pacífico iba sin duda á saberlo, porque empezó á oír un gran rumor que venía de hacia el vico del Mercatello, especie de callejuela que por un lado comunica con el Mercado-Viejo y por el otro con el muelle, y á la cual llamaban en aquella época vico de los *Suspiros del abismo*, nombre que la municipalidad moderna le ha quitado y que sin duda le dieron á causa de que por ella entraban en el Mercado-Viejo — punto donde entonces tenían lugar las ejecuciones — los condenados á la última pena, los cuales, al distinguir desde allí el cadalso, lan-

zaban casi siempre tan profundo suspiro, que parecía salir del abismo.

El hermano colector, no sólo iba á pasar por aquel vico dei Sospiri, sino que tenía intención de tomar una pata de carnero en la tienda de un *beccai* que se hallaba en la citada calle, esquina á la de San Eligio.

Así es que no podía tardar mucho en saber de lo que se trataba.

Y algo debía ser de muy importante, porque á medida que avanzaba hacia la calle de San Eligio era la muchedumbre más compacta y tumultuosa, pareciéndole que algunos pronunciaban con acento ronco y amenazador las palabras *franceses* y *jacobinos*. Sin embargo, aquella muchedumbre le dejó paso, con su acostumbrado respeto, y no tardó en llegar á la tienda donde, según hemos dicho, pensaba meter en el serón una de las siete ú ocho patas de carnero que al día siguiente debían constituir el asado de la comunidad.

La tienda estaba llena de hombres y mujeres que aullaban y gesticulaban como energúmenos.

— ¡ Eh ! ¡ *beccai* ! gritó el fraile.

El ama de la casa, especie de arpía de cabellos grises y enmarañados, reconoció en seguida la voz del fraile, y separando á codazos y á empe-

liones á los intrusos que discutían en la tienda:

— Venid, venid, padre mío, le dijo; sin duda es Dios quien os envía. ¡Ay! vuestro probecito *beccaio* tiene gran necesidad de vuestra presencia y del cordón de San Francisco. Y dando á un muchacho el ronزال del rucio, remolcó á fray Pacífico hasta el cuarto del fondo en cuya ensangrentada cama yacía el *beccaio* con una horrible herida en el rostro que le llegaba desde la sien hasta la boca.

CAPÍTULO XII

Assunta

El accidente ocurrido al *beccaio* era, pues, la causa de la agitación del Mercado-Viejo y del tumulto de la calle de San Eligio y de la callejuela de los *Suspiros del abismo*, accidente que, como es de suponer, interpretaba cada cual de un modo diverso.

El pobre *beccaio*, con su chirlo que le dividía la mejilla, sus dientes rotos y su lengua mutilada, no había podido ó no había querido dar pormenores acerca del asunto. Sin embargo, los curiosos creyeron haberle oído murmurar las palabras *giacobini* y *francesi* y de aquí dedujeron que los jacobinos de Nápoles, amigos de los franceses, eran los que le habían arreglado de aquella manera.

Murmurábase además que un amigo del *beccaio* había quedado muerto en el lugar del combate y que otros dos habían sido heridos tan gravemente.